

NERUDA, HIJO DE LA TIERRA,
HIJO DE LA MUERTE
Interpretación filosófica de
un poema de Pablo Neruda

Eduardo Carrasco Pirard
Universidad de Chile



NACIMIENTO

Nació un hombre
entre muchos
que nacieron,
vivió entre muchos hombres
que vivieron,
y esto no tiene historia
sino tierra,
tierra central de Chile, donde
las viñas encresparon sus cabelleras
verdes,
la uva se alimenta de la luz,
el vino nace de los pies del pueblo.

Parral se llama el sitio
del que nació
en invierno.

Ya no existen
la casa ni la calle:
soltó la cordillera
sus caballos,
se acumuló
el profundo
poderío,
brincaron las montañas
y cayó el pueblo
envuelto

en terremoto.
Y así muros de adobe,
retratos en los muros,
muebles desvencijados
en las salas oscuras,
silencio entrecortado por las moscas,
todo volvió
a ser polvo:
sólo algunos guardamos
forma y sangre,
sólo algunos, y el vino.

Siguió el vino viviendo
subiendo hasta las uvas
desgranadas
por el otoño
errante,
bajó a lugares sordos,
a barricas
que se tiñeron con su suave sangre,
y allí bajo el espanto
de la tierra terrible
siguió desnudo y vivo.

Yo no tengo memoria
del paisaje ni tiempo,
ni rostros, ni figuras
sólo polvo impalpable,
la cola del verano

y el cementerio en donde
me llevaron
a ver entre las tumbas
el sueño de mi madre.
Y como nunca vi
su cara
la llamé entre los muertos, para verla,
pero como los otros enterrados
no sabe, no oye, no contestó nada,
y allí se quedó sola, sin su hijo,
huraña y evasiva

entre las sombras.
Y de allí soy, de aquel
Parral de tierra temblorosa,
tierra cargada de uvas
que nacieron
desde mi madre muerta.

(Pablo Neruda,
Memorial de Isla Negra, I,
Donde nace la lluvia)

1

En el nacer, que no debemos comprender solamente como un comienzo temporal, están las claves de nuestro ser. El nacer es el origen, el inicio de la acción de aquello que nos determina en nuestro ser más propio. Por eso, de una cierta manera, el nacer nos "explica" lo que somos. Somos un desarrollo de lo que es nuestro origen, y, aunque en el tiempo nos estemos alejando constantemente de ese momento único en que se ha iniciado nuestra existencia, eso que comenzamos a ser desde el inicio, lo seguimos siendo siempre, y lo llevamos con nosotros a lo largo de todas nuestras vidas. Nunca acabamos de ser nosotros mismos, seguimos siendo los que somos y los que fuimos, y ninguna fuerza nos puede apartar de ese pasado primero, en que todo comenzó para nosotros. Quizás sea éste, nuestro único pecado original, el de haber entrado en un comienzo, que es una fuerza inexorable, que nos impedirá definitivamente ser otros que los que somos. Nacer es entrar en la determinación, definirnos para siempre como alguien, por eso, para quien sabe interpretar, en nuestro nacimiento se encuentran las claves más decisivas de nuestro ser. Y por eso también, el que intenta, como Neruda, comprenderse, está obligado a comenzar por el nacimiento.

Nacer es venir al mundo. De acuerdo con la tradición metafísica, que ha establecido desde los más lejanos tiempos una duplicidad en la esencia humana, este venir al mundo se realiza a través de dos procesos paralelos, uno "biológico" y otro "conciente". Se acostumbra a decir: una cosa es el nacimiento como cuerpo, y otra, el nacimiento como "yo". El "yo" es lo que siempre se ha entendido como el ser propio de cada cual, el alma, la psiquis, la conciencia; lo corporal, en cambio, se ha comprendido como la base material en que se asienta esto propio, lo orgánico, lo físico, lo terrenal, y por eso, primero se nace como cuerpo, y después, como conciencia. Esta duplicidad, en cierto modo reaparece en la interpretación que nos da Neruda de su propio nacimiento, que él aborda en dos poemas sucesivos del Me-

morial, pero ella reviste particularidades que hacen necesaria una elucidación precisa, y que, como veremos, reubica estas dos formas del venir a la vida, en una visión original. Esta última tiene como fundamento, la propia esencia poética. Si queremos comprender el nacer de Neruda en su doble significación, debemos seguir paso a paso el camino de la elucidación poética, tal como éste se presenta en su obra.

En el poema que da inicio a la obra "Memorial de Isla Negra", se nos entrega una exégesis de lo que podríamos denominar, el "primer nacimiento", o si se quiere, la primera etapa del venir al mundo del poeta, ocurrido, como se sabe, el 12 de Julio de 1904. Concordando con lo que afirmábamos al principio, digamos que este venir al mundo, no está entendido aquí, como el simple emerger abstracto, a través del cual, un sujeto comienza a existir, sino como un modo de ser individual, que inmediatamente es determinado, es decir, que es inmediatamente un venir a pertenecer a un determinado mundo, a un ser unos con otros, por el cual se forma un colectivo concreto. Según esta interpretación, el ser humano no nacería abstractamente, emergiendo en la vida como un ente definido por propiedades genéricas, sino en el seno de una de sus diferencias. Estas serían siempre, un país, una sociedad, un mundo cultural específico y determinado, una intersección de circunstancias que para cada ser humano, es única, definitiva, irrepetible. Es en su determinación, que debemos buscar la simbología de todo nacimiento, pues en esta unidad entre destino e individualidad, se encuentran las claves de toda vida humana. Veamos ahora, como operan estas ideas en la intuición poética.

En el poema que analizaremos, este primer nacimiento se presenta de inmediato, como un modo de vínculo entre el que nace y muchos otros que nacen con él. Este sentido de pertenencia a un grupo humano, es lo que se manifiesta desde la primera frase: "nació un hombre entre muchos que nacieron, vivió entre muchos que vivieron". "Nacer", se presenta aquí, como el hecho de entrar a pertenecer a un colectivo, el cual, por el momento, no tiene contenido, pero que, poco a poco, a medida que la palabra poética vaya precisando la intuición de la que ella surge, se irá determinando. Este modo "social" de ubicar el intento de desentrañar las claves del nacimiento, centra la interpretación en el tipo de determinación que surge de él, la copertenencia a un país, a una región, a un pueblo. Explicar el propio nacimiento será, de algún modo, mostrar aquello que es determinante en la copertenencia, aquello que une a los que se determinan desde ella, como con-nacionales (como copertene-cientes a una misma nación) o com-patriotas (copertene-cientes a una misma patria). Lo cual viene a significar que las claves del nacimiento de Neruda, reenvían hacia el problema de la esencia del lugar de su copertenencia, su "pago", su país (*).

* En el discurso del acto inaugural de la "Fundación Pablo Neruda para el estudio de la poesía", del 20 de junio de 1954, el poeta dice lo siguiente: "La primera edad de un poeta

De esto deriva que en la exposición aparezca la afirmación de la igualdad de condición básica del poeta, con todos aquellos que como él, tienen la misma procedencia: "nació un hombre entre muchos que nacieron..." Desde este punto de vista, no hay nada de privilegiado en el ser que viene al mundo: en cuanto a su origen, este no es un ser extraordinario, ni un elegido; es uno, entre muchos como él. Todos comparten la misma situación. El poeta, en lo que se refiere a sus relaciones de copertenencia, no nace con una estrella en la frente, su venir al mundo no está anunciado por signos de privilegio, comparte con los suyos, el mismo arraigo, el mismo irrevocable origen.

Sin embargo, el que se ubique el nacimiento en esta relación de pertenencia común, no es todavía suficientemente significativo como para determinar con ello, la esencia de la patria. Esta última deberá atravesar todavía muchas especificaciones, hasta adquirir su sentido más profundo, pasando primero por cualidades generales, hasta llegar por fin a la imagen precisa, que explique los lazos entre esta génesis y el ser mismo del poeta. Por eso, en el poema, la primera afirmación que pone las cosas en un terreno más profundo del decir, es la que viene a continuación. Esta, como ocurre a menudo en los escritos de Neruda cuando se trata de llamar la atención hacia algo importante, irrumpe, sorprendiéndonos por su carácter aparentemente infundado: "y esto no tiene historia, sino tierra..."

Con ella viene a aclarársenos, un primer sentido de lo que puede ser esta copertenencia, esto es, que lo que liga a estos hombres por lazos todavía oscuros, circunstanciales, es lo que aquí se llama "tierra", y no lo que se entiende como "historia". ¿Qué significa ésta oposición? ¿Qué es tierra? ¿Qué es historia? ¿Qué no se tiene, cuando no se tiene historia? Y a la inversa, ¿Qué se tiene cuando se tiene tierra? Es lo que tendremos que aclarar de inmediato.

2

La historia es el tiempo, la carga de sentido proveniente de una tradición conservada y hecha cultura, la memoria que determina un ser nacional. En el caso de los países de larga tradición, sus habitantes deben asumir una identidad derivada del devenir de su pueblo, la cual se manifiesta como un contenido concreto que unifica y da sentido a los sucesos contingentes. En tales casos, podemos decir que la copertenencia está construida, en lo fundamental, por la historia. En Francia por ejemplo, el ser colectivo aparece ya determinado por las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, que inspiraron, es cierto, un suceso particular, un momento de la

debe recoger con atención apasionada las esencias de la patria, y luego devolverlas". Pablo Neruda, "Para nacer he nacido", Seix Barral, Barcelona, 1978.

larga historia de ese país, pero que, por las implicancias culturales, sociales y políticas que éste conlleva, nos aparece también como un resultado; en cierto modo, como una coyuntura en que se hace una síntesis de todo lo vivido por ese pueblo, en su fecunda marcha por el tiempo. El pasado y el futuro de Francia se reúnen en la Revolución Francesa, como si este hecho fuera la manifestación completa de su historia, un hito temporal al que constantemente se vuelve, y por el que todo acontecimiento futuro, necesariamente tendrá que atravesar de nuevo. En el caso de USA, parecieran determinantes otras ideas, por ejemplo, las de democracia y progreso (progreso en democracia y democracia en el progreso), las que, provenientes de una determinada manera de asumir la Modernidad, a partir de la Declaración de Independencia de 1776, podemos ver fácilmente presidiendo de diversos modos, los acontecimientos más significativos de su historia. En el caso de Alemania, aunque se haya nacido con posterioridad a la segunda guerra mundial, el ser alemán no puede soslayar una carga de pasado ligada a las atrocidades cometidas por el nazismo, y que determinarán por mucho tiempo todavía la relación de este pueblo con su historia. Por supuesto, no es éste el único sello que pudiera dar cuenta de la copertenencia alemana, pero a modo de ejemplo de factor determinante de la copertenencia, es lo que en los últimos tiempos ha pasado a un primer plano. En el caso de España, la identidad histórica pareciera estar dada por un modo de hacerse la síntesis entre humanismo y realismo, figura que ha quedado encarnada en forma inigualable, en la obra de Cervantes. Pero en el caso a que apunta este poema, que es el de Chile, parece no haber nada semejante a lo anterior. Y sin embargo tampoco hay una pura ausencia: según Neruda, hay "la tierra". Por eso es necesario ahora intentar precisar lo que el poeta pudiera haber querido significar con este término.

Lo que se llama aquí "tierra" es, ni más ni menos, lo que determina la identidad a la que pertenece el poeta, la unidad de copertenencia con todos aquellos que nacieron con él. ("Y esto no tiene historia sino tierra"). Esto pudiera ser comprendido en un primer acercamiento, como "naturaleza", es decir, como el ámbito al que pertenecen los fenómenos físicos, el mundo físico, el cual tradicionalmente se ha opuesto a lo histórico, lo cual corroboraría la hipótesis. En tal caso, el poema nos ilustraría acerca de una posible relación de copertenencia determinada por la presencia de esto físico, como pudiera ser por ejemplo, el paisaje, o la geografía. Pero esta determinación, si bien cuando tengamos que definir la esencia de Chile, tendrá que ser retomada, incluye demasiados presupuestos provenientes de la tradición filosófica, como para preservar el sentido poético original de la palabra "tierra". Identificar "la tierra" con "la naturaleza" no puede hacerse, hasta haber entregado una determinación más precisa de ambos términos.

Ahora bien, la tierra es aquí, más bien, eso que se busca nombrar cuando se dice, la "madre tierra". Esto es, la fuerza originaria, de la que todo proviene y a la que todo vuelve. Eso que, entendido de manera muy amplia, pudiéramos decir que

fue adorado en la imagen de la Pachamama de nuestros indígenas, o eso que los griegos vieron en la diosa Hera, la esposa de Zeus, o en el mito de Deméter y Perséfone. La matriz de toda realidad, sin la cual, la acción humana no sería posible, la "materia", en su sentido maternal, aquello con lo cual el hombre tiene que contar, porque su presencia escapa a toda posible creación humana. La tierra vista como lo que acoge la semilla y la alimenta para que ella crezca y se haga planta, árbol, fruto. La tierra como surco, pero también, como suelo que nos sostiene, lugar donde habitamos. Como los mitos aludidos lo han mostrado a su manera, ella está en la muerte de sus fuerzas germinales, en el invierno, y también en su renacimiento, en la exuberante primavera. De su fertilidad depende nuestra vida y la vida de todo, en ella se asienta todo ser, y en ella comienza y termina el ciclo de la vida. Y sólo en este sentido, ella puede tener que ver con la significación más antigua de "naturaleza", palabra proveniente del verbo latino, "nasci", nacer, y que significa, aquello de donde algo nace, fuerza generadora, acción de nacer. En todo caso, es importante tener en cuenta que en este sentido original de la palabra "naturaleza" aparece únicamente un aspecto de lo que nombre la palabra "tierra", cuya significación no tiene que ver solamente con lo positivo del nacer, sino además con la desaparición y la muerte.

El nacimiento de Neruda está presidido por la tierra. Pero insistamos en que esta identidad terrenal no está presentada todavía como un fundamento que pudiera dar cabalmente cuenta del ser racional del poeta, de su copertenencia al país llamado "Chile". Como veremos más adelante, lo "chileno" está ciertamente determinado por la tierra, pero la unidad de copertenencia que aparece en esta primera fase es todavía más primaria y elemental: se trata de la forma de entrada, por decirlo así, a la patria propiamente tal, de aquella forma de identificación con un mundo, que funda de un modo original toda relación posterior de pertenencia. Este punto de partida tiene que ver con aquello que nombra todavía la palabra utilizada en nuestros campos, "el pago", que proviene del latín "pagus" y que significa originalmente, "lugar de procedencia", pero que no tiene todavía la carga significativa de la palabra "país". Esta última, derivada del francés, "pays", aunque tenga el mismo origen que "pago", en nuestra lengua ha perdido la significación primitiva, para pasar a significar "país", en el sentido de nación (*).

Esta fase inaugural de la copertenencia está claramente identificada en lo que el poema nombra como "Parral", "tierra central de Chile, donde las viñas encresparon sus cabelleras verdes, la uva se alimenta de la luz, el vino nace de los pies del pueblo". Estas tres notas bastan para señalar que lo que se está diciendo, no es sola-

* Sobre este tema, nos permitimos remitir al lector a nuestro trabajo, "Interpretación filosófica del exilio", en el cual, estas ideas se desarrollan con mayor profundidad.

mente para adscribir el nacimiento a un determinado lugar geográfico, fácilmente ubicable en el mapa de Chile, sino para señalar hacia un contenido pensado, cuyas cualidades tendrán que definirse en lo que sigue. "Parral" es, por supuesto, la ciudad de Parral. Pero también es lo que nombran las palabras, "tierra", "central", "luz", "vino" y "pueblo". Podríamos considerar este poema, precisamente como un intento de determinar poéticamente los sentidos escondidos en este nombre, "Parral", en que están las claves de este nacimiento. "Parral se llama el sitio, del que nació en invierno..."

Historia y tierra se oponen. Pero, como ha quedado dicho, para comprender esta oposición, debemos ir más allá de aquella tradicional, entre historia y naturaleza. Esta oposición aparecerá también en otros textos, como un rasgo explicativo de las dificultades que en Chile ha tenido el hombre para construir una morada permanente, y en ese contexto, como una de las notas esenciales del país. Pero en el caso concreto de Parral, tal como se muestra en el poema, esta oposición adquiere características dramáticas. "Ya no existen la casa ni la calle..." Lo que construye el hombre y que podría ir transformándose en un mundo dominado, guarida donde éste podría protegerse y quedar a salvo (tradicción y cultura), en el caso de Parral ha sido destruído por un terremoto. ("...y cayó envuelto el pueblo en terremoto...") En ese sentido, Parral pudiera valer como un ejemplo de este particular rasgo del país, de no estar jamás a salvo de las catástrofes telúricas: Parral sería entonces "central", no únicamente por su posición geográfica, sino sobretudo, porque en su destrucción, muestra en forma ejemplar lo que constantemente ha ocurrido en Chile.

La tierra destruye lo que el hombre erige, eleva, edifica, y lo hace volver a su seno. "Todo volvió a ser polvo...". Mientras la historia es en cierto modo un proceso acumulativo y presupone un tiempo lineal; es construcción, edificación, resguardo de lo logrado, la tierra, en cambio, es circular, lo hace volver todo al punto de partida; es destrucción, retorno, fuerza ahistórica. La historia presupone que los lazos de pertenencia se generan en lo que el hombre ha realizado. La tierra genera lazos de pertenencia diferentes, nacidos de la común situación humana ante sus poderes telúricos, lazos que tienen directamente que ver con la fragilidad del ser humano, con su desvalidez, con su incertidumbre. Los poderes de la tierra son ciegos y destruyen lo que el hombre construye, por eso son poderes de vida y de muerte. La historia, en cambio, es inestabilidad, inconsistencia, debilidad. La historia es la cultura, las ideas, las creencias, los valores, los vínculos que nos hacen asumir lo hecho por nuestros antepasados, y nuestra proyección hacia nuestros descendientes; la tierra, en cambio, es unidad de opuestos, fuerza no humana, y en este sentido, presencia de lo descomunal, de lo inconquistable, de lo indescifrable. En la particular situación de Chile, de la cual Parral es una modalidad ejemplar, la tierra es más vinculante que la historia, lo cual determina, desde ya, una cierta forma de ser, que aquí está claramente anunciada como cualidad del ser más íntimo del poeta.

Se podría decir que la historia, en su oposición a la tierra, no tiene por qué contraponerse con ella en términos absolutos, atendiendo al hecho de que la propia historia tiene lugar al interior del ámbito terrenal y como modalidad humana de su fuerza. Esto es correcto, pero la identidad en la que historia y tierra se pertenecen, no debiera ser obstáculo para declarar obsoleta su oposición. Por el contrario, estamos aquí en presencia de aquello que la filosofía, desde su origen, ha entendido como unidad de contrarios, esto es, como una unidad que prevalece sobre la oposición, obligando a los elementos que la componen, a pertenecerse mutuamente. La contradicción entre historia y tierra debe entenderse como diferencia, en la cual, lo humano adquiere su especificidad al interior de la tierra, y no como contradicción abstracta en la que ambos términos se excluyen en forma total, quedando cada uno fuera del otro. Como Schelling lo muestra en su obra sobre la libertad ("Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana" de 1809), la identidad puede ser comprendida como identidad de una diferencia y no únicamente como identidad de lo igual. Esta última, en efecto, no es más que la tautología vacía, en la cual expresamos la forma abstracta de lo igual indiferente, y no podría ser considerada como un principio aplicable a otro juicio, que a la inútil afirmación de que "A" es "A". La verdadera identidad, en cambio, es la que permite establecer la unidad de lo que no es lo mismo, la que sirve de fundamento a toda relación entre un sujeto y un predicado diferentes ("A" es "B"). Es esto lo que permite comprender, de qué modo dos cosas pueden pertenecerse mutuamente sin ser lo mismo, y en su modalidad extrema, cómo es una identidad (unidad) y no una pura diferencia, lo que funda la esencia de toda contradicción.

En este sentido, lo humano no es un poder exterior al de la tierra, sino una forma que éste adopta (unidad). Pero al mismo tiempo, en cuanto forma particular, él es diferente, tiene una esencia propia, en la que predomina la dirección constructiva y de permanencia (contradicción). El hombre es terrenal, surge precisamente porque es una contradicción que emerge en el seno de la tierra, pero su esencia propia viene de este anhelo positivo que anida en todo lo que es vivo, este deseo de lograr la imposible empresa de vencer a toda costa a la muerte. Pero la tierra es indiferente a lo que el hombre intenta construir en su interior, sus fuerzas se expresan de igual manera en lo ascendente como en lo descendente, en la vida como en la muerte. El hombre en cambio, es este deseo de perdurar surgido de la propia tierra, un ser imposible, pero no por ello, menos real. Y esta contradicción que él es, es la que, en último término, explica la oposición más general de los dos tiempos, que, sin dejar de pertenecerse el uno al otro, se rechazan en forma absoluta: el tiempo histórico de lo humano y la insondable eternidad de la tierra.

El tiempo del hombre es lineal porque el designio del hombre es quedar, permanecer. El tiempo de la tierra es circular, porque la tierra es una fuerza ciega, que está de igual manera en lo que construye, que en lo que destruye. Por eso la

tierra es "terrible". La cordillera desata sus caballos y todo se viene abajo. Las montañas brincan y lo construido por el hombre vuelve a ser polvo, todo lo que se eleva, vuelve a destruirse. Y esta circularidad es la que muestra de un modo más preciso la esencia de la tierra, como unidad de lo vivo y lo muerto. Lo vivo, en la gran unidad que es la tierra, como dice Nietzsche, "es una parte de lo "muerto"". En la perspectiva de la tierra, la oposición entre lo vivo y lo muerto no es de esencia, sino de grado, de situación, de estado, en un proceso total en el que los extremos se equivalen.

Por eso, lo que marca la identidad del que nace en Parral es precisamente esta dificultad para construirse una historia, para que lo vivo se conserve y se prolongue en otras vidas, esta dificultad para que el ser humano conserve sus propias creaciones, pero al mismo tiempo, esta conciencia de la presencia de la fuerza terrenal amenazante, y de su extraña duplicidad, de la que nace y muere la vida. "Y esto no tiene historia sino tierra".

3

Veamos ahora en qué sentido más concreto podemos entender que el poeta venga de la tierra y no de la historia. Una indicación puede venir de la frase, "Solo algunos guardamos forma y sangre, solo algunos y el vino". En medio de la fuerza destructiva, en la cual todo vuelve a ser polvo cada vez, hay por lo menos estas dos formas de presencia que se conservan: algunos, que han quedado, y el vino. Entre estos, el poeta se parece al vino en que ambos guardan "forma y sangre", son memoria. Este guardar "forma y sangre", se manifiesta en el vino, en su obstinación por permanecer a pesar de las catástrofes, pero también en el hecho de guardar éste, dentro de sí, las cualidades en que se pueden mostrar sus condiciones de producción. El vino, en su perfume, en su color, en su densidad y en su gusto, guarda el paisaje del cual proviene, el verano soleado o el invierno lluvioso, el hecho de venir de parras cercanas o lejanas al río, las sinuosidades del terreno que hacen que las uvas sean más o menos expuestas al sol, el hecho de provenir de la ladera de un cerro, o del plano, y hasta los más ínfimos detalles que un buen catador sabe leer en él. Adjetivos como "frutoso", "seco", "redondo", de "buena persistencia", "equilibrado", "grueso", "con cuerpo" u otros, en último término mientan precisamente estas proveniencias.

El poeta a su vez, como el vino, "conserva" los sentidos de su ser. Todo lo que él va viviendo se transforma en palabra y queda así resguardado del olvido. Poesía es, desde esta perspectiva, saber "leer" en las determinaciones de su propio ser, existir en forma abierta, ver los sentidos escondidos en sí mismo, o, como dice Heidegger, en "Ser y Tiempo": "ver a través de sí" (*Durchsichtigkeit*). La "forma y la sangre" son precisamente aquello que me determina en lo que yo soy, aquello

que es lo más íntimo mío. Es en mi propio ser, que leo los sentidos del mundo, y esto no ocurre de este modo, porque lo que veo sea una perspectiva subjetiva acerca de cosas externas, sino porque yo mismo soy mi mundo, yo mismo "soy" lo que me develan las significaciones. El poeta es el "catador" de su ser, y en este sentido, él guarda, resguarda, protege, lo que la tierra destruye. El poeta es la memoria de lo que puede ser rescatado, un poder de la conservación y el resguardo (*).

Pero el vino sigue viviendo a pesar de las destrucciones, mantiene su poder generativo, sigue "subiendo hasta las uvas desgranadas, y sigue, bajo el espanto de la tierra terrible, desnudo y vivo". Esta supervivencia y esta voluntad de continuar su proceso, lo acerca también a esos "algunos", que, como el poeta, se han mantenido luchando por seguir existiendo. Neruda es como el vino, sobrevive el poder devastador de la tierra y emerge desde la tierra. Por eso, más adelante, cuando, en este mismo libro, el poeta precise mejor su forma de identificación con la tierra, su esencia más íntima aparecerá determinada en la imagen de la raíz, que es tierra, pero tierra germinal, tierra de la que surgen los frutos, fuerza que sirve de intermediaria entre la ciega voluntad de expansión y permanencia, y la profusión exuberante de la vida: "Cuando escogí la selva para aprender a ser, hoja por hoja, extendí mis lecciones y aprendí a ser raíz, barro profundo, tierra callada, noche cristalina..." ("Memorial de Isla Negra", "Lo que nace conmigo") (**).

Ya hemos explicado que la tierra es terrible porque es una fuerza cíclica. En cierto modo el vino pertenece a esta fuerza, porque su vida también es cíclica, pero el sentido de su movimiento es claramente hacia el crecimiento y no hacia la destrucción. El vino quiere permanecer, como todo lo vivo y por eso "crece", forma parte del ciclo positivo. El vino "sigue desnudo y vivo", y por eso, aunque forme parte de la vida terrenal y tome su propia fuerza, de la fuerza de la tierra, su esencia tiene que ver con lo que hay en ella de ascendente. Su obstinación por conservarse vivo permite asimilarlo a lo que podría ser la historia, y a lo que puede ser el poeta, como fundador de historia. Si bien el nacimiento de Neruda se reporta a la tierra y no a la historia, esto no significa que, como el vino, el poeta no sea una

* Esta idea ha sido expuesta también en el curso sobre Schelling (Martin Heidegger, Schelling *Abhandlung über das Wesen der menschlichen Freiheit*, Max Niemeyer Verlag, Tübingen, 1971) y puede sintetizarse en esta fórmula del propio pensador: "sólo conocemos aquello de lo que tenemos intuición; sólo tenemos intuición de aquello que somos; solo somos aquello a lo cual pertenecemos".

** Esta misma idea es expresada en relación con lo que hemos llamado su "segundo nacimiento" en el texto "La cazadora de raíces" del libro, "Para nacer he nacido". Allí se dice: "Las tierras de la frontera metieron sus raíces en mi poesía y nunca han podido salir de ella. Mi vida es una peregrinación que siempre da vueltas, que siempre retorna el bosque austral, a la selva perdida". Pablo Neruda, "Para nacer he nacido", Seix Barral, Barcelona, 1978.

forma que adopta el ciclo ascendente. El ser nacido de la tierra posee una particular manera de asumir su fuerza positiva; no formando parte de una tradición que debe resguardar y expandir, su vínculo con la fuerza terrenal es directo. Pero la dirección que sigue su acción no deja de ser por ello positiva, y, por consiguiente, histórica. El poeta de la tierra funda una nueva historia, pero no como continuidad de una historia ya en marcha, sino como inicio, como origen, como elevación de un cimiento. Su poesía es memoria de la tierra, mantenimiento de su fuerza generativa, que lucha contra la disolución que conlleva el devenir. Por eso su vínculo con la historia es proyectivo, y por eso, el que esto "no tenga historia", hay que entenderlo en el sentido preciso, según el cual, desde el punto de vista del ámbito en que esta poesía toma su origen, y en la medida en que ella es precisamente fundadora de historia, para ella no es la historia lo fundante, sino la tierra.

Esta labor fundacional de esta poesía proviene de la propia fuerza terrenal, exactamente como ocurre con el vino. Sólo que la tierra no es únicamente constructiva. Esto significa que no debemos comprender la oposición entre historia y tierra de un modo que pudiese implicar equivocadamente, que, por provenir el poeta de la tierra y no de la historia, su relación con esta última quedara descartada. La historia y el hombre forman parte del ciclo ascendente de la tierra, de donde proviene su fuerza y su debilidad. La historia es una construcción constantemente amenazada de destrucción, como todo lo que proviene de la tierra y no es la tierra misma. Sólo la tierra es indestructible, o mejor dicho, sólo ella está más allá de toda destructibilidad o indestructibilidad. En esta visión, en el estricto sentido de la palabra, trágica (*), de la existencia humana, en la cual todo aparece mostrando su extrema indigencia metafísica, el poeta es una fuerza de la vida ascendente, y por tanto, de la conservación, una fuerza histórica, de la memoria. Pero además, en cuanto poeta de la tierra, Neruda pareciera comprenderse a sí mismo como portavoz directo de la fuerza primigenia, que en la significación que hemos desarrollado, es metahistórica, aunque paradójicamente sea fundadora de historia.

4

"Yo no tengo memoria del paisaje ni tiempo, ni rostros, ni figuras..." El poeta es memoria, pero en este caso, no tiene un recuerdo preciso de su donde originario, ni del tiempo, ni de los personajes de su primera infancia. Esto quiere decir que, de acuerdo con la interpretación que hemos hecho, no debemos comprender la

* Según este punto de vista, trágica es toda visión que afirma la imposibilidad de una redención de lo negativo. Lo trágico es la negación de la negación de la negación, o la afirmación de la destructibilidad de todo lo que existe.

"memoria" como un poder psicológico recordatorio, el poder de hacer de nuevo presente lo ya pasado, sino como la posibilidad, que cada cual es, de leer en sí mismo las determinaciones de su propio ser. Estas determinaciones tienen que ver con el pasado, en cuanto lo que cada cual ha sido, es lo que en forma definitiva, ya es. Este "ya es", o ser definitivo, es lo que podemos desentrañar en nosotros como sentido. La "memoria" es, según esto, el carácter abierto de mi propio ser definitivo para mí mismo, el "sentido" que éste tiene para mí, o, si se quiere, la posibilidad que cada cual tiene de hacerse comprensibles sus propias determinaciones. Lo cual significa que lo que marca el ser original de Neruda, su esencia íntima, y de lo cual él sí tiene "memoria" en el sentido anotado, serán aquellas determinaciones que él lleva consigo. Y eso que lo marca aquí, según lo dicho en el poema, son dos cosas precisas: la tierra (el polvo) y el cementerio donde lo llevaron a ver la tumba de su madre. "Sólo polvo impalpable, la cola del verano, y el cementerio en donde me llevaron a ver entre las tumbas el sueño de mi madre..." Son estas dos imágenes las que definen el sentido más profundo de este primer nacimiento y en su interpretación, tendremos que corroborar lo avanzado hasta ahora.

El polvo ya sabemos que es una forma de la tierra, aquella que tiene precisamente que ver con sus cualidades destructoras. Polvo es el nombre de la tierra, en que aparece más claramente su esencia cíclica: "Polvo eres y en polvo te convertirás". El polvo es la tierra vista en la perspectiva de la circularidad, en la que toda vida termina en muerte. El polvo es la imagen misma de la disolución provocada por el poder devastador del tiempo. "Todo volvió a ser polvo".

Por otra parte, la imagen de la madre enterrada remite exactamente al mismo ciclo, y eso en dos formas diferentes, como muerte, desde la que revive la vida de las uvas, y como muerte desde la que nace el propio poeta. Esta doble reafirmación de la circularidad nos permite ver la visión más profunda, desde la que surge el poema mismo. Esto es: el descubrimiento de la esencia de la copertenencia propia a partir de la tierra (Parral), y la visión de la simbolización del propio nacimiento como génesis cíclica de muerte y vida. Son estos dos aspectos de una misma intuición lo que nos entrega la "memoria" de Neruda, como determinación de su ser más profundo, son ellos lo que el poeta ha sido capaz de "leer" como sentido, en el origen de su propia vida.

La muerte es final y comienzo, término del proceso descendente, e inicio de otro proceso ascendente a que el primero dará lugar. La fuerza vital de las uvas, como será dicho claramente al final del poema, proviene desde la madre muerta ("Parral de tierra temblorosa, tierra cargada de uvas que nacieron desde mi madre muerta"). Parral mismo, es presentado, en cuanto "tierra temblorosa", como un lugar donde la tierra anuncia su poder de muerte; la madre, es presentada a su vez, como una "madre muerta". Pero ambas muertes son también nacimiento de las uvas, no un hecho final, una destrucción y pérdida definitivas. Aunque este nuevo

proceso que ellas desencadenan, ya no tenga nada que ver directamente con la vida de los hombres.

Por otra parte, la muerte no es tránsito hacia una posible transcendencia más allá de la vida. Ella es simplemente un momento de un movimiento circular, en que todo se resuelve en el ámbito de la tierra. Lo que se ha llamado el "materialismo" de Pablo Neruda, es simplemente la experiencia de lo terrenal, y no tiene nada que ver con posturas ideológicas, que por lo demás, el poeta nunca ha asumido explícitamente. Es la tierra la que se manifiesta como poder cíclico, relativizando al interior de su recinto, la vida y la muerte. Afirmar la perennidad de la vida es atravesar el ámbito de la pura poesía, que sólo quiere decir lo que ve, y no lo que cree o piensa. La poesía de Neruda es, en este sentido, "fenomenológica", está constantemente atravesando lo que el hombre "sabe" o "piensa" en un determinado momento, para acceder a lo que se muestra, y hablar desde ello. Lo que le importa es hacer manifiesto lo que aparece, tal como aparece. Por eso, en un verdadero artista, es desde su experiencia poética que deben explicarse sus posturas ideológicas, si las hubiera, y no al revés, como se acostumbra hacer habitualmente (*).

Sabemos que la madre de Neruda murió de tuberculosis en agosto de 1904, un mes después de su nacimiento. El poeta se reconoce entonces, hijo de una muerta, y en ese preciso sentido, hijo de la muerte. Esta relación, nos permite ahondar aun más la cercanía del poeta con el vino. Neruda quiso rescatar a su madre de la muerte, pero ella se quedó allí... "no contestó nada, y allí se quedó sola, sin su hijo...". Pero este reposo de la madre bajo la tierra, tiene el mismo sentido que la presencia del vino "bajo el espanto de la tierra terrible", es solamente momento de un tránsito. Las uvas seguirán naciendo desde la madre muerta, porque aun la muerte más atroz, no detiene el ciclo de la tierra. Neruda es hijo de la tierra y por eso mismo, es hijo del ciclo de la vida y de la muerte. Su nacimiento viene a ser un símbolo de la esencia misma de la tierra: para que todo nazca, algo debe morir, para que él nazca, su madre tuvo que morir. Como ya ha sido señalado, el ciclo de la tierra es "terrible" porque en él, lo vivo sigue naciendo de lo muerto, y volviendo a lo muerto. El nacimiento de Neruda es terrible, porque significa la muerte de su madre. Toda fuerza nueva, no es más que una transfiguración de las fuerzas muertas. El poeta es memoria de la tierra, exactamente igual que el vino.

Neruda ha tenido el privilegio de que su nacimiento haya sido inmediatamente un símbolo del ciclo terrenal. Y esto en un país donde precisamente es este

* La razón de este malentendido tiene que ver directamente con la incompreensión radical de lo que es la poesía, y con el falso supuesto de que ella nacería de un sujeto actuante, que "construiría" su arte desde una conciencia y un saber previos. Pero como esperamos poder mostrar aquí, las cosas son más bien a la inversa, es la poesía la que "construye" al individuo.

vínculo telúrico, lo que genera la fuerza de la copertenencia entre los hombres. Esto le da a su poesía un particular sentido metafísico que tendrá que expresarse cada vez más profundamente a lo largo de su obra. Pero además, como veremos, esto ubica a su poesía en una especial relación con la esencia de Chile. Este círculo que une la simbología del nacimiento de Neruda con la esencia de su patria, es lo que podría permitirnos en este caso hablar de un destino, de un sentido manifiesto en que el azar, que ha exigido una determinada creación artística, se ha transformado en necesidad.

5

Interpretando lo dicho desde la filosofía, pudiera uno caer en la tentación de comprender este primer nacimiento como un nacimiento "físico", dándole a esta palabra, una significación cercana a la de la "Phisis" griega (como venir desde sí mismo al ser, como la entrada en la presencia), tantas veces redefinida por Heidegger. La "Phisis" aparecería, en definitiva, como una determinación filosófica de lo que hemos estado llamando, "la tierra". Este nacimiento, así comprendido, sería simbólico y significativo de lo que será en toda su evolución la esencia de la poesía de Neruda. Sin embargo, esta dirección de la interpretación, que en algún sentido pudiera ser útil, no sería enteramente adecuada, ni al decir poético de Neruda, ni a la interpretación de Heidegger. El rigor propio de la filosofía, obliga al intérprete a considerar en cada significación particular de un término, la totalidad en la que ésta encuentra sentido. Pensar la experiencia de la tierra en términos de la phisis heideggeriana, nos obligaría a comprender el conjunto de la empresa poética de Neruda, desde la comprensión de la historia de la "metafísica" como "olvido del ser", y eso, por el momento, no es nuestra tarea. Por otra parte, un intento semejante, tendría como presupuesto, que la clave de la comprensión de una imagen poética está en la filosofía, lo cual es completamente falso. Una cosa es comprender a Neruda desde el interior del pensamiento de Heidegger, cosa que podría ser factible y muy interesante, y otra muy diferente es ponerlos a dialogar uno con otro, para constatar hasta donde, ambos responden a una dirección epocal semejante.

Sin pretender entrar aquí en una discusión profunda sobre este tema, podemos recordar que para Heidegger, en un sentido estricto, la "Phisis" es una palabra pre-metafísica y nombra el ser, sin la duplicidad posterior que caracteriza a la filosofía a partir de Platón (esencia - existencia, ser y apariencia, idea y sensación, etc.). Eso implica que toda significación decisiva tiene un sentido histórico ineludible, que no puede ser pasado a llevar sin más, y que obliga al intérprete a comprender lo dicho desde sus especificaciones culturales. Las derivaciones que las propias palabras esenciales desencadenan, ocultan el sentido original, y nos obligan, en cada caso, a buscar cada vez de nuevo las claves perdidas. La "Phisis" griega se conserva como

un origen de lo que será pensado posteriormente, pero por lo mismo, su significado no puede ser asimilado a ninguna experiencia proveniente de los ámbitos que ella misma funda. La "tierra", en cuanto imagen poética, puede valer como una recuperación de ciertas connotaciones de la Phisis, pero entre una y otra experiencia está toda la distancia existente entre la filosofía en sus inicios y la poesía en una de sus más recientes manifestaciones.

La poesía de Neruda no es filosofía y no tiene por qué responder a las exigencias de rigor terminológico propias de esta disciplina. Sin embargo, en el sentido heideggeriano de la palabra, ella aparecería como "metafísica", es decir, como perteneciendo al ámbito de definiciones originarias propias de la historia occidental, marcadas por la evolución europea de lo griego y su síntesis con el cristianismo. (Olvido del Ser) de acuerdo con esto, si bien ella tendría a la "Phisis" como lejano origen, se movería en un terreno de apertura de sentido posterior, en el cual la dirección del inicio se ha perdido. Esto hace posible comprender lo "metafísico" de Neruda en dos sentidos: uno amplio, en que se nombra el carácter profundo de la experiencia cósmica y mística de su poesía, y otro más preciso, en el que se entiende esta experiencia, como formando parte de la duplicidad de esencia y apariencia, propias de la metafísica occidental.

Sin embargo, no puede escapársenos el acercamiento evidente que puede hacerse entre la vuelta hacia el origen de Heidegger, que le ha permitido redescubrir el sentido genuino de estas antiguas palabras, cuyas significaciones el tiempo había ido gastando y borrando completamente, y la empresa epifánica de Neruda, que ha puesto a la luz, en la experiencia de la tierra (y como veremos más adelante, del universo, de la noche, del mar, etc.), la verdad profunda del mundo y del hombre. Esta similitud de búsquedas, permite ver al poeta y al filósofo, como corrientes diferentes de un mismo movimiento histórico de nuestra época, hacia la recuperación del origen. En Neruda, este cometido se logra en la directa visión de lo que se muestra, en la desideologización de la mirada poética, en la invención de nuevos accesos hacia la síntesis entre hombre y ser, que permite redescubrir de nuevo el mundo mismo, enigmático y asombroso, como respuesta suficiente. El poema del que hasta el momento nos hemos ocupado, en cuanto declara esta unidad entre el individuo Neruda, su circunstancia terrenal y su patria, es un excelente ejemplo de ello.

La determinación más precisa de la esencia de la poesía de Neruda será, en cierto modo, un desarrollo de lo que está prefigurando en la simbología de su nacimiento. Y esto no debe extrañarnos, si tomamos en serio lo que ya se ha dicho sobre el sentido profundo de todo nacimiento. Nacer no es más que comenzar a ser si mismo. En su nacimiento, Neruda es ya lo que será siempre, el poeta metafísico de la tierra, y a través de ello, el poeta esencial de su tierra. "Y de allí soy, de aquél Parral de tierra temblorosa, tierra cargada de uvas que nacieron desde mi madre muerta".

Digamos finalmente, que esta experiencia primordial de su poesía, de la que testimonia este poema y que pudiera pasar por una reflexión del hombre maduro mirando hacia su pasado, ha estado en realidad presente en Neruda desde sus primeros escritos. Prueba de ello es este poema, "Luna", que entregamos sin comentarios, y que fue publicado en el número IV, "Canciones de la vida mediocre", del libro "Helios", que figura en "El río invisible, Poesía y Prosa de la juventud" (Seix Barral, Barcelona, 1980). Este "río invisible", que le da sabiamente su título a todo el libro, como queda perfectamente mostrado en el poema, es la honda síntesis de vida y de muerte, que encontraremos en la raíz misma de la poesía de Neruda:

"Cuando nací mi madre se moría
con una santidad de ánima en pena.
Era su cuerpo transparente. Ella tenía
bajo la carne un luminar de estrellas.
Ella murió. Y nací.

Por eso llevo
un invisible río entre las venas,
un invencible canto de crepúsculo
que me enciende la risa y me la hiela.
Ella juntó a la vida que nacía
su estéril ramazón de vida enferma.
El márfil de sus manos moribundas
tornó amarilla en mí la luna llena...

Por eso -hermano- está tan triste el campo
detrás de las vidrieras transparentes...
...Esta luna amarilla de mi vida
me hace ser un retoño de la muerte...